

La legislatura convirtió las elecciones en una segunda vuelta de las del 2004 pero sin el impacto directo del 11-M

El regreso de los votos huérfanos

CARLES CASTRO

LA VANGUARDIA, 16.03.08

El PP ya ha obtenido respuesta a la pregunta que le ha venido atormentando los últimos cuatro años: sido el resultado de comicios de no mediar los atentados del 11-M y su nefasta gestión informativa. Claro que para despejar esa terrible duda no hacía falta esperar tanto. Los sondeos postelectorales del 2004 ya situaban la ventaja del PSOE en torno a dos puntos tras restar a socialistas y populares los votantes que apoyaron a estos partidos "por los atentados del 11-M en Madrid y sus secuelas".

Así pues, las elecciones del domingo han verificado que la victoria del PSOE el 2004 por un margen de cinco puntos no fue un accidente, sino sólo una sobredosis circunstancial de un ya irreversible cambio de ciclo electoral. Y la hipótesis de que la ventaja real del Partido Socialista era entonces de dos puntos se vería ratificada en los comicios europeos de junio del 2004, cuando el PSOE venció al PP por ese margen. Esa era, seguramente, la genuina correlación electoral tras la segunda legislatura de Aznar, y la que mejor respondía a la auténtica solidez política y psicológica del electorado de centroderecha

En este sentido, el mapa electoral que surgió tras los comicios europeos de junio del 2004 reflejaba con más claridad la magnitud del bloque

electoral que el PP había venido construyendo desde su acceso al poder. Ese bloque había alcanzado su cenit en las elecciones del 2000 al sumar más de diez millones de votantes. Y resulta del todo verosímil suponer que el discurso y la gestión de Aznar contribuyeron a fidelizarlo e impermeabilizarlo frente a los argumentos de la izquierda.

De hecho, el domingo pasado, el PP congregó una cifra similar de votos. Y si se compara el mapa territorial del 9 de marzo con el que ofrecieron las elecciones europeas del 2004, las coincidencias son más que notables (véase el listado adjunto). Es decir, una vez pasados los catalizadores emocionales del 11-M, y pese a la vistosa retirada de Iraq, los populares recuperaron de inmediato su espacio natural en Levante o Madrid. Eso sí, las contraindicaciones de la estrategia territorial e hidrológica del centroderecha se reprodujeron en Catalunya o Aragón, donde el PSOE consolidó su hegemonía a caballo de un premonitorio voto útil.

Así estaban, por tanto, las cosas en el 2004, a la espera de que la obra del gobierno permitiera al PSOE acentuar su supremacía. Y, de hecho, antes de llegar al ecuador de la legislatura, la sombra de la mayoría absoluta socialista planeó momentáneamente sobre el escenario político. Los índices de desconfianza en Rajoy se situaron en un catastrófico 70% y alguna encuesta otorgó hasta nueve puntos de ventaja al PSOE.

Sin embargo, y tal como reflejan los sondeos, el desasosiego españolista que desató la vehemente versión original del Estatut rearmó a la derecha y contribuyó a resucitar a unos votantes de la España uniforme que, a raíz de la política de Aznar y de su inverosímil gestión de los atentados del 11-M, se habían distanciado de su referente político natural: el PP.

Ciertamente, la estrategia electoral de Rajoy se resumía en algo tan simple como perder Catalunya para ganar España, pero su eficacia ofrecía pocas dudas. Y Zapatero había abierto un problema de gran resonancia emocional sin la estrategia adecuada para combatir el alarmismo del PP.

Las consecuencias de esa disputa se evidenciaron el domingo: el voto que perdió el centroderecha en el 2004 a causa de su gestión del 11-M volvió de la mano del tremendismo identitario e ideológico del PP, que así se había hecho perdonar sus pecados. Y es que parte del electorado de centro flotante se había ocultado en la abstención. Por eso, en algunas zonas la participación del 2004 fue inferior a la del pasado domingo. Y una parte del actual avance del PP se explica justamente por esa alza de la participación que se ha concentrado en Levante o Madrid. Como si estos territorios hubiesen celebrado ahora la segunda vuelta de los comicios del 2004, pero sin el 11-M ni cuatro años de gestión socialista.

El PSOE hizo frente a esa recuperación territorial del PP acentuando sus propios apoyos en la España periférica. Además, el hilo conductor de la gestión socialista (crecimiento, derechos sociales y descentralización) llegó a la campaña en condiciones de ofrecer un balance inteligible al elector de izquierda. Y de ahí la reedición de los más de once millones de votos y la ventaja de 3,5 puntos. Sin embargo, el Gobierno de Zapatero fue incapaz de desactivar los recelos del votante de centroderecha, tal como hizo Aznar con el de centroizquierda entre 1996 y 2000. Ahora tiene quizá su última oportunidad.